

proyección de un historiador colombiano que con suficiencia y altura se asoma a la historiografía hispanoamericana, representa no sólo un logro y un aporte sino también un ejemplo que debe ser continuado.

Bernardo Tovar Zambrano, profesor
de la Universidad Nacional

**Christopher Abel,
*Política, partidos e
Iglesia en Colombia,*
Bogotá, Universidad
Nacional de
Colombia, 1987.**

La historia de la Iglesia es un campo especialmente importante dentro de los estudios históricos, y para los países de América Latina esta importancia es tanto mayor cuanto que la influencia de la Iglesia ha sido determinante en la vida cultural y en el proceso político de esos países. A pesar de ello, no son frecuentes las investigaciones dedicadas a establecer ese complejo de relaciones y predominan, en cambio, los obras escritas con una intención apologética o con un enfoque estrechamente ligado al punto de vista de la institución eclesiástica. Por esta razón, el libro de Christopher Abel constituye una contribución especialmente enriquecedora.

La dimensión cultural frecuentemente desconocida en las historias políticas, ocupa en este texto un lugar central en el análisis de la política, y dentro de ella el rol cumplido por la Iglesia, aporta un enfoque novedoso a la historia de los partidos y del estado colombiano: el texto se detiene en el inventario de los elementos rituales del poder presidencial en Colombia, de la simbología religiosa

presente en la oratoria política, del peso decisivo de la concepción de la historia elaborada por la Iglesia en las políticas culturales del Estado, de la impregnación religiosa del mismo lenguaje gestual: Probablemente la Iglesia era más poderosa en esta época que en una monarquía absoluta. El presidente no era ningún contrincante, como en las monarquías absolutas, para el control de la conciencia pública. Tampoco disfrutaba el presidente de la perpetuidad de su cargo; un primado o nuncio insatisfecho podían no sólo presionar cambios en la política o en los ministerios sino luchar por un candidato más aceptable en las próximas elecciones. La Iglesia le confería al presidente un rol santificado, legitimando su cargo y su persona con un *Te Deum* el día de la posesión. Al presidente le llovían epítetos eclesiásticos y la propaganda de la Iglesia lo proyectaba como un segundo arzobispo encomendado por las autoridades eclesiásticas para que combatiera el mal en sus funciones tutelares. Ningún presidente se podía dar el lujo de suscitar críticas continuas de la Iglesia pues ésta controlaba el drama nacional mientras que el poder ejecutivo simplemente desempeñaba un papel secundario. El presidente reafirmaba su papel secundario ante la Iglesia dirigiendo a los laicos en la procesión de Corpus Cristi y re-consagrando la nación regularmente a su patrón, el Sagrado Corazón...

La sujeción parcial del Estado a la iglesia se reflejaba en el vocabulario político de la época; la retórica sacerdotal y la política se entrecruzaban en contenido, composición y expresión. Tenían los mismos gestos y la misma entonación, la misma organización de la materia, las mismas referencias a Dios, a la patria y al hogar. La política se hallaba fuertemente condimentada con el lenguaje de la redención, la

expiación y el sacrificio. (P. 34)

La construcción por parte de la Iglesia de una cultura señorial fundada en un pesimismo congénito, que valorizaba en grado sumo el culto de la palabra y la especulación y que albergaba ideologías racistas entonces de moda en Europa, se manifestó de modo especial en la política adoptada por Núñez y Caro para la educación, cerrando casi por completo los espacios para el surgimiento de una cultura secular: Abel señala cómo las únicas formas alternativas de cultura al margen del modo de expresión clerical dominante eran la oratoria y la poesía.

En este contexto cultural, sitúa el autor el proceso de los partidos que, a lo largo del período estudiado, revelan una progresiva tendencia hacia la aproximación ideológica y un alejamiento cada vez mayor con respecto de los correspondientes modelos históricos. Este proceso es presentado por Abel en relación con la formación de un consenso bipartidista de la clase propietaria ante los retos del cambio económico y social. El autor señala entre las condiciones que hicieron posible este consenso la prosperidad sostenida en un período de precios altos del café, el temor ante las posibles fuerzas de la subversión, un conjunto de acuerdos básicos en lo que tiene que ver con la política de aproximación a los Estados Unidos, en procura de inversiones y de exportaciones. El autor ubica la fase de consolidación del consenso bipartidista a partir de 1949. En esas condiciones, comenzaron a perder importancia las antiguas formulaciones de principios de los partidos, y la vieja oposición clericalismo-anticlericalismo comenzó a perder fuerza con el advenimiento del Frente Nacional.

Un tema muy poco estudiado por la historiografía colombiana es el del ejército y la policía.

Y en este sentido, el texto de Abel representa una contribución significativa al conocimiento histórico sobre un tema, que presenta indudables problemas para la investigación pero que resulta fundamental para el estudio de la historia política y del Estado en Colombia. Por una parte el autor analiza la multiplicidad de matices que han compuesto la compleja trama de relaciones entre el poder civil y el poder militar desde Olaya, que había heredado un ejército mayoritariamente conservador hasta el golpe de Rojas Pinilla, apoyado por la convergencia de toda la élite política (con excepción de la fracción Laureanista).

El descontento militar se fusionó de tal forma con las frustraciones civiles, que Rojas pudo contar con una base de apoyo más fuerte que la que hubiera tenido cualquier civil. Momentáneamente aclamado como un ídolo popular. Rojas aportó diversos elementos al marco institucional en el que toda la élite política, salvo la facción Laureanista convergía. Este fue un momento de consenso en la élite, que no se veía desde La Guerra de Leticia. (P.255).

De la misma manera que en el caso del ejército, se carece casi por completo, de estudios históricos sobre la policía. El texto de Abel insiste en la consideración de este cuerpo, su organización, los intentos de profesionalización cumplidos, el predominio del reclutamiento liberal en sus filas y las tensiones entre ejército y policía, particularmente agudas y desestabilizadoras durante el gobierno de López, las relaciones críticas de la

policía con el gobierno de Ospina que culminaron en el 9 de abril y la insurrección de gran parte de la policía.

Las fuerzas populares, tratadas lateralmente dentro de la obra, así como el Partido Comunista, son estudiadas básicamente desde la perspectiva de su fuerza relativa en el contexto político colombiano. El autor destaca la dispersión existente dentro del conjunto de los movimientos populares, urbanos y rurales y la ausencia de una solidaridad que hiciera posible una fuerza unificada. Abel explica esta situación por las divisiones político-ideológicas (entre comunistas, socialistas y liberales de izquierda de los sindicatos), regionales, socio-económicas (por diferencias marcadas de status) y por la ola de desempleo que afectó a los trabajadores luego de la crisis de 1937-38 y que trajo:

La decadencia del componente sindical en la organización liberal y reafirmó el dominio de los propietarios, (p. 273).

La debilidad del movimiento sindical, con la progresiva descomposición de la C.T.C., con la organización de la U.T.C. bajo estrecho control clerical, se aceleró con el 9 de abril y las medidas de represión subsiguientes. El fracaso de la huelga de 1949 resultó el corolario de todos estos desarrollos.

La variable regional tanto en el análisis de los partidos como en el de la Iglesia, es un enfoque original y un método novedoso que aporta esta obra. En lo que respecta a la Iglesia, el análisis regional permite a Abel establecer importantes diferencias entre los planteamientos y la conducción eclesiásticas en las tierras altas, en las cuales se registraban los índices mayores en la relación clérigo-población (porcentaje de sacerdotes por habitantes, proporción en el reclutamiento de órdenes religiosos, etc.) el mayor formalismo ritual, la mayor intransigencia en la defensa de la ortodoxia y un fuerte rigorismo

moral, y en las tierras bajas donde el número de sacerdotes era mucho menor los recursos económicos eran bastante más escasos y donde la tolerancia hacia los cultos africanos propiciaba un cierto catolicismo sincrético. También, partiendo del análisis regional muestra el autor la diferencias entre los obispados, los unos de tendencias "modernizantes" y los otros apegados a la concepción eclesiástica de Pío IX, para establecer, finalmente, una gran autonomía general de los obispos, frente al Nuncio y al Primado quienes, en el período estudiado por el autor, se encontraron en no pocas dificultades frente a su clero.

El mismo planteamiento metodológico aplicado al estudio de los partidos conduce a Abel a sostener la formación de un eje Cundinamarca- Antioquia, en el marco de ese consenso anotado anteriormente. Dentro de este cuadro el autor analiza la estructura regional de los partidos, con su compleja jerarquía de jefes locales y regionales y su inestable relación con las autoridades centrales, los cambios experimentados en la relación capital-provincias, los efectos del proceso de urbanización y de la extensión de las comunicaciones, la creciente dependencia de los poderes locales respecto del poder central en cuanto a recursos; y la formación de grupos de presión como voceros de las provincias en la capital, al margen del Congreso. La elección de dos regiones, Antioquia y Santander para el examen de las relaciones entre partidos, política e Iglesia resulta muy acertada por el contraste que resulta entre una región en expansión con la Iglesia regional más fuerte del país y con un fuerte perfil propio en la constitución de los partidos y una región caracterizada por el estancamiento económico y el enfrentamiento violento entre fracciones políticas, en el cual la Iglesia actuó como un importante factor en la polarización extrema de las mismas.

En cuanto a las fuentes, la inves-

tigación cumplida por el autor no sólo ha explorado todas las posibilidades de la documentación escrita reunida en archivos, hemerotecas, colecciones, repertorios estadísticos, sino que ha recurrido a la historia oral mediante la técnica de entrevistas. Por otra parte, es preciso anotar que el autor ha logrado con este estudio establecer

fuentes nuevas, hasta el momento no abiertas a la investigación histórica sobre Colombia: los archivos del servicio de Inteligencia británico, que tanta información interesante han arrojado acerca de los vínculos de algunos sectores de la Iglesia colombiana con la Falange española, los archivos de empresas privadas inglesas, entre ellas los del Bank of London and South America, Whi-tehall Petroleum Corporation, S. Pearson e Hijo Ltda, de la Cámara de Comercio inglesa y finalmente, los archivos de la secre-

taría de Relaciones Exteriores de Ciudad de México, que le resultaron muy útiles a Abel especialmente para el período de López Pumarejo.

Cabe señalar, sin embargo, que la edición adolece de problemas serios de traducción y estilo que vuelve a veces forzada la lectura del texto y oscuros muchos pasajes. Sería deseable que en la nueva versión estos problemas se superaran para responder con la altura que se merece este lúcido e importante texto del profesor Abel.

**"Revista
Argumentos,"
EL TERCER REICH",
Nos. 18,19,
20 y 21,
enero/diciembre/87,
Bogotá, 1988.**

La Revista Argumentos publicó recientemente en cuatro de sus números, compilados en un sólo volumen, uno de los temas más difundidos y controversiales de la historia del siglo XX: el Tercer Reich. No se trata de una visión de conjunto como su nombre parecería indicar sino más bien de unos temas especialmente escogidos. La mayoría de los artículos, escritos de forma clara, y dirigidos tanto al lego como al estudioso, iluminan aspectos interesantes del tema e incluyen una serie de artículos muy variados.

La Revista es introducida por un artículo de Rubén Jaramillo, titulado **El Tercer Reich: Los Desarrollos de la Contrarevolución Alemana y los Orígenes del Nazismo: 1918-1933**. Este artículo, utilizando el análisis histórico y abarcando los mismos años de la inestable República de Weimar, es un corto vistazo a las fuerzas que se agruparon al lado de la reacción alemana, las cuales triunfarían con el ascenso del nacionalsocialismo al poder en 1933.

De la derrota de la Primera Guerra Mundial y del agotamiento y la desorientación surgirá el incipiente movimiento: banqueros, altos oficiales, industriales, y burócratas lo promoverán para después conseguir sus ideólogos.

El autor hace hincapié a lo largo del texto en la participación de las clases aristócratas, del gran capital, como también en la participación de Hitler, rescatando así cierta autonomía del Führer. El artículo se centra obviamente en la formación del nacionalsocialismo, su pensamiento, sus logros y fracasos, todo esto combinando con la historia de Alemania. La crisis del capitalismo de 1929 le daría su último gran impulso. Sin ninguna pretensión teórica y de manera sencilla, el relato es una buena introducción del tema para el lego.

A manera de apéndice del artículo anterior, la Revista reedita uno titulado **La Banalidad del Mal**. En el centro está Hitler desde un enfoque que nos atreveríamos a llamar historia de la mentalidad, no de la colectiva pero sí de la individual, de la del dictador más famoso del siglo XX. Hitler es una víctima del elemento esencial de la sociedad moderna: el imperativo de superar. El burgués típico vive "... en función del otro que quiere superar; lleva una vida referida, determinada por la competencia... <es un> esclavo de la superación". Además la tensión destruir-construir coexistía de manera intensa y eficaz. Su diletantismo lo llevó a odiar lo que no tenía o lo que no era: no podía soportar a alguien que supiera más que él.